

Marvin Harris

Nuestra especie



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Our Kind*.

Traducción de Gonzalo Gil: Prefacio y capítulos comprendidos entre «El placer sexual» y «El coste oculto del machismo».

Joaquín Calvo: Capítulos comprendidos entre «En un principio» y «Por una vez los genes».

Isabel Heimann: Capítulos comprendidos entre «¿Había vida antes de los jefes?» y «¿Sobrevivirá nuestra especie?».

Primera edición: 1995

Tercera edición: 2011

Sexta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1989 by Marvin Harris. All rights reserved

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-6013-4

Depósito legal: B. 36.893-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prefacio

- 15 Agradecimientos

- 17 En un principio
- 20 El nacimiento de una quimera
- 23 Grandeza y decadencia del hombre primigenio de Dawson
- 26 *Lucy in the sky with diamonds*
- 30 El árbol de la vida
- 32 El enigma del hombrecillo habilidoso
- 35 El alba de la tecnología
- 42 Herramientas, ¿para qué?
- 45 Carne
- 49 Retorno a la génesis africana
- 52 Picapedrero, carnicero, cañonero, cazador
- 57 El enigma del *Homo erectus*
- 61 Calor, pelo, sudor y maratones
- 67 El cerebro empieza a pensar
- 70 Culturas rudimentarias
- 74 El despegue lingüístico
- 79 ¿Lenguas primitivas?
- 82 Los signos de los simios
- 88 El triunfo del sonido

Índice

- 92 Los neandertales
- 97 El destino de los neandertales y el origen de nuestro género
- 101 La sombra protectora de la cultura
- 106 Antepasados
- 110 ¿Qué antigüedad tienen las razas?
- 117 La pigmentación de nuestra piel
- 122 El atraso de África
- 128 ¿Difieren las razas en inteligencia?
- 131 Otro tipo de selección
- 135 Respirar
- 138 Beber
- 140 Comer
- 143 ¿Por qué comemos de más?
- 146 La razón de los banquetes
- 151 ¿Por qué engordamos?
- 154 Gustos innatos
- 159 Gustos adquiridos
- 165 Por una vez, los genes
- 169 El placer sexual
- 174 Desconocimiento carnal
- 181 Y ahora algo completamente distinto
- 187 ¿Por qué tienen las mujeres los pechos permanentemente hinchados?
- 192 Dar y tomar
- 196 ¿Cuántos compañeros de cama?
- 201 ¿Genes contra el incesto?
- 207 El mito del gran tabú
- 212 El mito del imperativo procreador
- 219 ¿Cuántos hijos?
- 227 La frustración de la reproducción

Índice

- 233 La necesidad de ser amado
- 239 El porqué de la homosexualidad
- 242 Varón con varón
- 250 Mujer con mujer
- 254 ¿Esperma contra óvulo?
- 260 Placeres furtivos
- 265 ¿Son los hombres más agresivos que las mujeres?
- 270 De niñas marimachos y niños que no tienen pene hasta los doce años
- 274 La mente, las matemáticas y los sentidos
- 280 Sexo, caza y fuerza mortal
- 286 ¿Guerreras?
- 289 Guerra y sexismo
- 297 El porqué de la guerra
- 304 Carne, nueces y caníbales
- 308 Una disertación sobre la carne grasa
- 311 ¿Guerras cinéticas?
- 315 Papúas hambrientos
- 318 Cuando las mujeres mandan en casa
- 324 Las vicisitudes del estatus femenino
- 329 Azadones, arados y ordenadores
- 335 ¿Por qué son las mujeres más longevas que los hombres?
- 341 El coste oculto del machismo
- 344 ¿Había vida antes de los jefes?
- 349 Cómo ser cabecilla
- 352 Hacer frente a los abusones
- 355 De los cabecillas a los grandes hombres
- 359 El nacimiento de los grandes abastecedores
- 362 ¿Por qué ansiamos prestigio?
- 366 ¿Por qué consumimos de forma conspicua?

Índice

- 370 *Yuppies*, ¿por qué?
- 374 Del gran hombre al jefe
- 378 El poder ¿se tomaba o se otorgaba?
- 384 El umbral del estado
- 388 Los primeros estados
- 394 La evolución del mundo de los espíritus
- 399 ¿Por qué nos volvimos religiosos?
- 404 Los rituales animistas básicos
- 409 Intercambios divinos
- 413 Ofrendas de carne
- 417 Sacrificios humanos
- 422 Los dioses que no comían seres humanos
- 427 Los dioses que comían seres humanos
- 433 Las religiones incruentas
- 439 El origen de las religiones incruentas
- 443 Cómo se propagaron las religiones incruentas
- 450 Un rompecabezas chino
- 457 Creer y no creer: perspectivas para el futuro
- 462 ¿Se repitió la historia?
- 468 Cómo comenzó la segunda Tierra
- 472 La evolución de la segunda Tierra
- 478 Los faraones andinos
- 482 Por qué la primera Tierra conquistó a la segunda
- 488 Malestar cultural y conciencia
- 495 ¿Sobrevivirá nuestra especie?

- 499 Notas y referencias

- 513 Bibliografía

- 549 Índice analítico

Prefacio

¿Les interesa tanto como a mí saber cómo, cuándo y dónde surgió por primera vez la vida humana, cómo eran las primeras sociedades y los primeros lenguajes humanos, por qué han evolucionado las culturas por vías diferentes pero a menudo notablemente convergentes, por qué aparecieron las distinciones de rango y por qué las pequeñas bandas y aldeas dieron paso a jefaturas y éstas a poderosos estados e imperios? ¿Sienten la misma curiosidad que yo por saber qué aspectos de la condición humana están inscritos en nuestros genes y cuáles forman parte de nuestra herencia cultural, en qué medida son inevitables los celos, la guerra, la pobreza y el sexismo, y qué esperanzas de sobrevivir tiene nuestra especie? En tal caso, sigan leyendo.

A juzgar por la difusión universal de los mitos que explican cómo se creó el mundo y cómo adquirieron los antiguos las facultades del habla y del dominio de las artes útiles, en todo el mundo las gentes desean conocer las respuestas a estos interrogantes. Pero quedan advertidos: la historia que voy a contar no va dirigida a ningún grupo ni a ninguna cultura en particu-

lar, sino a los seres humanos de todas partes. ¿Están dispuestos a mirar más allá del humo de sus propias chimeneas? ¿Están dispuestos a ver el mundo en primer lugar como miembros de la especie a la que todos pertenecemos y sólo después como miembros de una tribu, nación, religión, sexo, clase, raza, tipo o muchedumbre humanos particulares? ¿Sí? En tal caso, sigan leyendo.

El descubrimiento de que un buen número de estudiantes universitarios son incapaces de reconocer los contornos de su propio país en un mapa mudo o de determinar de qué lado lucharon los rusos en la Primera Guerra Mundial ha suscitado acalorados debates en torno al problema de los conocimientos que cualquier persona debe poseer para ser considerada culta. Un remedio muy en boga consiste en elaborar listas definitivas de nombres, lugares, acontecimientos y obras literarias capaces, se garantiza, de sacar al inculto de su impenetrable ignorancia. Como antropólogo me preocupa tanto la promulgación de tales listas como el vacío que pretenden colmar. Redactadas fundamentalmente por historiadores y celebridades literarias, se centran en acontecimientos y logros de la civilización occidental. Además, guardan silencio sobre las grandes transformaciones biológicas que llevaron a la aparición de nuestros antepasados sobre la faz de la Tierra y dotaron a nuestra especie de una singular capacidad para las adaptaciones de base cultural. Y también guardan silencio sobre los principios evolutivos que configuraron la vida social de nuestra especie a partir del momento en que nuestros antepasados iniciaron el «despegue cultural». De hecho, por tratarse de listas son intrínsecamente incapaces de enseñar nada acerca de los procesos biológicos y culturales que condicionan nuestras vidas y enmarcan nuestro destino. O para expresarme de una forma más positiva, considero, como antropólogo, que la misión mínima de toda reforma educativa moderna consiste en impartir una perspectiva comparativa, mundial y evolutiva sobre la

identidad de nuestra especie y sobre lo que podemos y no podemos esperar que nuestras culturas hagan por nosotros.

Al defender una perspectiva panhumana, biosocial y evolutiva no deseo restarle importancia al tradicional conocimiento local y particular. Vivimos y actuamos en contextos locales y particulares y no tenemos más elección que empezar a conocer el mundo desde dentro hacia fuera. Pero un exceso de particularismo, no poder ver el mundo desde fuera hacia dentro, constituye una forma de ignorancia que puede ser tan peligrosa como no saber las fronteras de los Estados Unidos. ¿Tiene sentido conocer la historia de unos pocos estados, pero no saber nada de los orígenes de todos los estados? ¿Debemos estudiar las guerras de unos cuantos países, pero no saber nada de la guerra en todos los países?

Ahora que ya he hecho constar mi protesta contra los redactores de listas, permítaseme confesar que tenía algo parecido in mente al escribir este libro. En efecto, me he preguntado qué he aprendido como antropólogo sobre nuestra especie que considere que todos sus miembros deberían conocer. Y he tratado de presentar los resultados de esta autorreflexión, ciertamente no en forma de lista, pero sí en forma de narración concisa y ágil.

Debo formular ahora otra advertencia. Por favor, júzguese este libro por lo que abarca, no por lo que deja fuera. Quiero contarles lo que he aprendido. Por desgracia, no he aprendido todo lo que me gustaría saber, y por eso hay tantas lagunas en mi relato. En particular, me hubiera gustado poder decir más cosas sobre la evolución de la música y las artes, pero éstos son aspectos de la experiencia humana difíciles de comprender desde el punto de vista de los procesos evolutivos. No tengo la más remota idea, por ejemplo, de por qué algunas tradiciones artísticas ponen énfasis en las representaciones realistas, en tanto que otras lo hacen en el dibujo abstracto o geométrico, ni tampoco de por qué los ritmos africanos son generalmente

más complejos que los de los amerindios. Tal vez sepamos algún día más sobre las dimensiones emotiva, estética y expresiva de la vida humana, o puede que estas dimensiones resulten ser cosas que sólo cabe conocer desde dentro y de manera particular, nunca desde una óptica general. Entretanto, hay mundos más que suficientes para explorar. Por lo tanto, permítaseme comenzar.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Marjorie Shostak y Melvin Konner por confiar en que podía escribir un libro que, en palabras suyas, «lo contase todo». Saber que alguien pensaba que un libro así era posible y que yo era capaz de escribirlo me ayudó a seguir adelante en momentos difíciles.

Desearía dar las gracias también a los muchos colegas y amigos que me han facilitado información, proporcionado referencias y expresado sus buenos deseos, en particular a Barbara Miller, Linda Wolfe, Leslie Lieberman, Otto von Mering, Shirley von Mering, Maxine Margolis, Jerry Milanich, Gerald Murray, Carol Bernard, Russ Bernard, Charles Wagley, Cecilia Wagley, Murdo Macleod, Sheena Macleod, Ronald Cohen y Bill Keegan.

Asimismo, desearía dar las gracias a David Price por su trabajo bibliográfico y sus sugerencias concretas, a Phyllis Durell por mecanografiar el texto y a Ray Jones y Delores Jenkins por su generosidad e intrepidez como bibliotecarios.

He tenido el placer de trabajar con Harper & Row en este proyecto, en especial con Carol Cohen y Eric Wirth. Asi-

mismo, ha sido un placer estar representado por Murray Curtin, que es a la vez un magnífico agente literario y un fiel amigo.

Por último desearía dar las gracias a Madeline Harris por ayudarme a hacer realidad un sueño imposible más.

En un principio

En un principio era el pie. Hace cuatro millones de años, antes de adquirir el uso de la palabra o de la razón, nuestros antepasados ya caminaban erguidos sobre dos pies. Otros simios conservaban el pie en forma de mano, propio de nuestro común pasado trepador y arborícola. Seguían, pues, dotados de cuatro manos. Los dedos de los pies eran grandes como pulgares y podían tocar todos los demás; servían para colgarse de rama en rama y alcanzar la fruta alta, situada lejos del suelo, pero no para soportar todo el peso del cuerpo. Cuando bajaban a tierra, para ir de una mata de frutales a otra caminaban generalmente a cuatro patas, tal vez como los gorilas y chimpancés modernos, que se desplazan con ayuda de patas cortas y gorduzuelas, provistas de pies planos con el dedo gordo muy separado y largos brazos en línea recta desde los hombros hasta los nudillos. O quizá utilizaran las manos como los orangutanes modernos, para caminar con los puños. Al igual que los grandes simios, podían permanecer de pie o caminar a dos patas, aunque sólo momentáneamente y pequeñas distancias. Sus pies no sólo eran inapropiados para permanecer o caminar er-

guidos, sino que sus patas y nalgas carecían de los músculos que mantienen en posición vertical a los seres humanos. Asimismo, la columna vertebral describía un simple arco, carente de la convexidad estabilizadora que los humanos presentan en la región lumbar. A dos patas, más que caminar, se tambaleaban, por lo que alzaban los brazos para guardar el equilibrio, quedando éstos inútiles para transportar objetos, excepto en distancias cortas.

Nuestros antepasados simios eran diferentes. Tenían pies como los nuestros, cuyos dedos no podían doblarse para asir o recoger objetos y que servían principalmente para permanecer de pie, correr, saltar o dar patadas. Todo lo demás era responsabilidad de las manos.

Mientras las manos tuvieron que hacer el trabajo de los pies, quedó menguada su habilidad como tales manos. Los grandes simios tuvieron que desarrollar un pulgar corto y regordete para no pisárselo al caminar con los nudillos o con los puños. Cuando el pulgar se hizo más largo y robusto, nuestros antepasados simios empezaron a poseer los más poderosos y tenaces, y sin embargo los más delicados y precisos cuartos delanteros manipuladores del reino animal.

¿Por qué creó la naturaleza un simio que caminase a dos patas? La respuesta tiene que encontrarse en la capacidad con que una criatura tal cuenta para medrar en el suelo. Ningún animal grande camina por las ramas de los árboles y, menos aún, salta con dos patas de rama en rama. Pero el simple hecho de vivir en el suelo no sirve para explicar que vayamos erguidos. Vivir en el suelo es, ni más ni menos, lo que mejor hace la mayoría de los mamíferos, que, sin embargo (de los elefantes a los gatos, caballos y babuinos), se desplazan a cuatro patas. Un simio bípedo y bimanio sólo tiene sentido desde el punto de vista de la evolución, porque podía hacer en el suelo algo que ninguna otra criatura había hecho nunca tanto ni tan bien: utilizar las manos para fabricar y transportar he-

rramientas, y utilizar herramientas para satisfacer las necesidades cotidianas.

La prueba, en parte, se encuentra en nuestra dentadura. Todos los simios actuales poseen caninos protuberantes –los colmillos– que sirven para abrir frutos de cáscara dura, para cortar bambú y también como armas que enseñan para amenazar o que se emplean en combates contra depredadores o rivales sexuales. Pero nuestros primeros antepasados bípedos y bimanos carecían de colmillos. Los incisivos que tenían eran ya de por sí pequeños; los molares, anchos y planos; las mandíbulas funcionaban más para moler y triturar que para herir y cortar. Luego, estos antepasados descolmillados, ¿eran inofensivos? Lo dudo mucho. La dentición humana transmite un mensaje diferente y más inquietante: son más de temer quienes blanden los palos más grandes que quienes enseñan los dientes más grandes.

El nacimiento de una quimera

Charles Darwin trató por primera vez del problema de la evolución humana en el libro titulado *The Descent of Man*, que se publicó en 1871, doce años después de escribir *Origin of Species*. En aquel libro Darwin sostenía por primera vez que «el hombre, al igual que las demás especies, desciende de alguna forma preexistente», que la selección natural sirve para explicar del mismo modo los orígenes humanos y los de cualquier otra especie, y que eso se aplica no sólo a nuestros organismos, sino también a nuestras capacidades «superiores», cognoscitivas, estéticas y morales que, a un nivel más rudimentario, se dan incluso entre criaturas tan humildes como los gatos y los perros. La impresión de que entre ellos y nosotros existe un corte profundo fue un malentendido originado por el hecho de que los protohumanos que poseyeron facultades físicas y mentales medianas fueron derrotados en la lucha por la supervivencia y la reproducción, quedando extinguidos hace mucho tiempo.

Los grandes simios supusieron un sólido argumento a favor del origen evolutivo de los seres humanos. Mostraron que la

forma humana no vivió un espléndido aislamiento del resto del mundo biológico. En sus esqueletos, su fisiología y su comportamiento, los chimpancés, gorilas y orangutanes presentan un extraño parecido con los seres humanos. Parecen miembros de la misma familia, aunque pobres y retrasados mentales. De hecho, el gran taxonomista sueco Carlos Linneo clasificó a simios y humanos dentro de la misma familia taxonómica mucho antes que Darwin. Hasta los biólogos opuestos al evolucionismo hubieron de admitir no haber podido encontrar razones puramente anatómicas en contra de la idea de considerar a los grandes simios como uno de los diferentes tipos de ser humano o a los humanos como un tipo de simio más. Por consiguiente, Darwin y sus seguidores, tras decidir que los humanos descendían de «una forma preexistente», nunca dudaron de que ésta tuvo que haber sido algún tipo de simio.

Estas conjeturas motivaron la búsqueda de lo que se empezó a llamar «el eslabón perdido» (concepto inadecuado desde el principio por cuanto la evolución implica muchos eslabones, no sólo uno, entre especies emparentadas). Los seguidores de Darwin cayeron en la trampa al tratar de describir el posible aspecto de este ser, mitad mono mitad hombre. Construyeron una bestia quimérica a partir de los rasgos que más asociaba la imaginación popular con la condición de mono y la de humano, respectivamente. La imaginaban dotada de un cerebro humano de gran tamaño y de una mandíbula simiesca con poderosos caninos. El propio Darwin contribuyó involuntariamente a esta creación imaginaria pronosticando que entre los «primeros progenitores del hombre... los machos poseían grandes caninos, que utilizaban como armas formidables». En realidad, Darwin intentaba describir un «eslabón perdido» diferente, una especie que sirviese de antepasado común a simios y humanos. Pero esta distinción quedó difuminada en la consiguiente fiebre por encontrar *el* «eslabón perdido» entre humanos y simios.

La primera víctima de esta quimera fue un físico sueco llamado Eugène Dubois. Destinado en las Indias Orientales holandesas a principios de la década de 1890, Dubois buscaba fósiles en Java, a orillas del río Solo, cuando se topó con un cráneo chato, de frente pronunciada y aspecto primitivo. En las proximidades encontró un fémur que guardaba gran parecido con el humano. Denominó a su descubrimiento *Pithecanthropus erectus* («simio de aspecto humano con postura erecta») y anunció que se trataba del «precursor del hombre». Pero, de vuelta a Europa, los expertos no quedaron convencidos: el cráneo presentaba una frente demasiado baja como para contener un cerebro con afinidades humanas; se trataba sólo de un simio. En cuanto al fémur, pertenecía a un humano moderno cuyos restos se habían extraviado por alguna razón. El propio Dubois decidió más tarde que su hallazgo no era un eslabón perdido, sino un gibón gigante extinguido. No vivió lo suficiente para ver al *Pithecanthropus* reclasificado como uno de los primeros miembros de la especie denominada en la actualidad *Homo erectus*. Porque, de hecho, había descubierto un importante eslabón perdido entre el *Homo sapiens* y nuestros antepasados más parecidos al mono. Aunque su cerebro era mayor de lo que admitían los críticos de Dubois, y aunque fabricaba complejas herramientas de piedra, el erectus, como lo llamaré desde ahora, no alcanzaba del todo el nivel humano. Pero esto es otra historia.

Al final llegaron las noticias agradables. Se había encontrado el auténtico eslabón perdido, y no en la lejana Java, sino en casa mismo, en Sussex, Inglaterra.

Grandeza y decadencia del hombre primigenio de Dawson

Durante una conferencia pronunciada en 1912 ante la Sociedad Geológica, un paleontólogo aficionado llamado Charles Dawson explicó que había desenterrado varios fragmentos de cráneo y media mandíbula inferior rota, mezclados con huesos de mamíferos extinguidos, en las gravas pleistocénicas próximas a Piltdown Commons (Sussex). Para corroborar el relato de Dawson, intervino el brillante anatomista y conservador del Museo Británico de Historia Natural, Smith Woodward. Éste presentó a la audiencia una reconstrucción en escayola de lo que en su opinión debió de ser el aspecto de la extinta criatura, y sugirió que desde entonces se le conociese por el nombre de *Eoanthropus dawsoni* (hombre primigenio de Dawson). Este eslabón perdido tenía un cráneo de aspecto auténticamente moderno: voluminoso, globular y con frente alta; en cambio, presentaba una mandíbula inferior simiesca y desprovista de mentón. No se encontraron los caninos, pero Woodward invocó a Darwin. Predijo que, cuando los encontrasen, tendrían oportunamente forma de colmillo. En el plazo de un año, el científico y sacerdote Teilhard de Chardin, que colaboraba

como voluntario en las excavaciones de Piltdown (por entonces la Iglesia católica había aceptado ya los hechos materiales de la evolución), encontró un canino exactamente igual al predicho por Woodward: «apuntado, prominente y con la misma forma que los de los simios antropoides.»

No era de extrañar. *Se trataba* del canino de un mono y la mandíbula del hombre primigenio era la de un mono. Alguien –cuya identidad aún se desconoce– había maquinado un inteligente engaño. Había conseguido un cráneo humano moderno de huesos inusualmente gruesos, lo había partido en pedacitos, había teñido los pedazos de color pardo para que pareciesen fósiles y los había dispuesto en el yacimiento de Piltdown, entremezclados con algunos fósiles auténticos y otros falsos de mamíferos extinguidos en el Pleistoceno. Asimismo, se había hecho con media mandíbula inferior de orangután moderno, a la que faltaban los caninos; le había quebrado la abombada porción superior posterior para que nadie pudiese apreciar que no encajaba con el cráneo humano; había limado los molares de la mandíbula para imitar el tipo de desgaste que origina la masticación humana; había teñido de oscuro todo el fósil, y lo había enterrado cerca de los pedazos de cráneo. El impostor sabía que la prueba definitiva para confirmar su creación como eslabón perdido sería el descubrimiento del canino en forma de colmillo, para cuya aparición Darwin había predispuesto a todo el mundo. Una vez que Woodward cayó en la trampa e hizo la predicción sobre el canino que faltaba, el impostor remató su obra maestra limando en parte un canino de chimpancé, pintándolo con el consabido tinte pardo y poniéndolo en un lugar donde lo encontrase con toda seguridad un clérigo digno de toda confianza.

Algunos estudiosos expresaron su incredulidad. Había demasiadas diferencias entre el cerebro y la mandíbula del hombre primigenio. Pero a la mayoría le parecía irresistible el cabezón. Después de todo, el cerebro es el órgano que más nos

distingue de los animales. ¿Cómo podría la mano tener maña si no existiese el cerebro para guiarla? Sin duda, el cerebro tuvo que haber evolucionado primero como condición previa para liberar la habilidad de la mano. Y ¿qué más apropiado que el primer habitante humano de las Islas Británicas tuviese la frente más alta, fuese más inteligente y, por tanto, estuviese más preparado para dominar el mundo que el erectus de frente baja y retrasado de Java?

El hombre primigenio se convirtió en una nueva especie de joya de la corona británica. Lo encerraron bajo llave en el Museo de Historia Natural, y los científicos que querían examinar los inestimables restos del primer inglés tenían que conformarse con trabajar con modelos de escayola. Esto explica por qué tardó tanto tiempo en descubrirse el engaño. Hasta 1953, año en que los huesos se estudiaron de cerca. Dentro de un programa rutinario de comprobación de las edades de los fósiles realizado en el Museo Británico, los originales fueron sometidos al método de datación del flúor, de reciente invención. La prueba indicó que ni el cráneo ni la mandíbula poseían gran antigüedad. Los huesos infames fueron sacados de sus cajas y llevados al laboratorio del incrédulo antropólogo de Oxford, J. S. Weiner. Un microscopio corriente bastó para revelar las limaduras de los dientes. Al mismo tiempo, los agujeros practicados en los dientes y la mandíbula mostraron la diferencia entre la blancura natural de los interiores y sus superficies artificialmente descoloridas. Mientras la quimera que había obsesionado a la paleontología durante ochenta años se desvanecía en el aire, quedaba por fin despejado el camino para que la evolución humana caminase por su propio pie.